

En su juventud, tal vez entre 1914 y 1918, O'Flaherty tomó parte en las luchas de los irlandeses contra Inglaterra. En 1918 aparece en Londres como empleado en una cervecería, empleo que atendió durante una semana, embarcándose luego para Brasil. Desde Río de Janeiro su vida sigue la más inverosímil de las trayectorias: Montreal, Nueva York, Esmirna, China, Port Arthur. Sus oficios son los de minero, mozo, mariner, los más variados y los más peregrinos. En 1920 regresó a Inglaterra. Allí empezó a escribir.

Su genio es tumultuoso, lleno de fuerza, disparejo quizá y quizá falto de pulimiento, ya que su cultura es una cultura humana antes que puramente literaria, pero que atrae y encanta con su riqueza de matices, de evocación, de realidad. El examen de su personaje central en *El delator*, Gypo Nolan, evidencia en él una penetración psicológica que hace a veces recordar a Dostoievski en *Crimen y castigo* y en los tremendos laberintos de *Los endemoniados*. Sus descripciones de hombres son soberbias, exactas y minuciosas como una disección, y sobrias, enjutas, magníficas de relieve.

*El delator*, su mejor obra, es una novela de Dublin que pinta la actuación de ciertos revolucionarios civiles, quienes, terminada la lucha contra Inglaterra, son absorbidos por la organización obrera comunista y continúan desarrollando en ella su misma práctica anterior. Se ha llamado a O'Flaherty el novelista de la miseria. Quizás esto sea un poco estrecho. Su obra no se ha limitado a describir la miseria de sus islas

natales o la de Irlanda y si bien es cierto que sus mejores novelas están llenas de una multitud de gente miserable, hambrienta, de hombres ebrios, como en *The Mountain Tavern*, en cambio, sus trabajos sobre animales y pájaros, *The Wounded Cormorant*, *The Wild Goat's Kid*, demuestran que su labor no se reduce a la vida dura de los revolucionarios irlandeses o a la miserable de los isleños de las Islas Aran. Como Jack London, es un maestro de la descripción del mundo animal.

Figura hoy, al lado de Joyce, entre los mejores escritores de su patria, desemejante al mago de *Ulysses* en su técnica, en sus preferencias y en sus realizaciones, pero no menos grande que él en talento.—*Manuel Rojas*.

LE PLAN DE L'AIGUILLE, LES CONFESSIONS DE DAN YACK, por *Blaise Cendrars*.

*Le Plan de L'Aiguille* y *Les Confessions de Dan Yack* son dos libros que se completan en un ángulo particularísimo: la historia de la vida peligrosa. Pertenece Cendrars a un grupo de escritores de idioma francés que perforan horizontes y reaniman sus nervios gastados con búsquedas febriles de tipos raros. Menos colorista y más seco que Monrand, parecido en ciertos procedimientos al Philippe Soupault de *Le nègre*, Cendrars ha creado un Dan Yack que es el detritus de todas las sublimidades. Forma un ser desusado, anormal y quinta esenciado del europeísmo rabioso de la post guerra. Hombre que se busca a sí mis-

mo sin hallarse y que contiene, en germen, el corazón de un descubridor y colonizador de hoteles y cabarets, a la vez que un alcohólico soberanamente abúlico en ciertos ratos. En otros es un optimista y un hombre generoso, que derrocha los miles y cambia las sensaciones como las camisas o los pijamas. Inglés opulento, vivía en San Petersburgo, llevando la librea del civilizado y jugando en todas las ruletas, vértigo de azar que sacude sus nervios decrepitos. Su popularidad se difundía como un mito en torno suyo sin que nada hiciese por alimentarla. Su historia empieza en el preciso instante (sólo Girard o Cendrars buscan esos felices momentos) en que muere un tío rico de Liverpool y lo declara heredero de su riqueza y de sus navíos. Coincide ese episodio con el abandono que le hace una amiga que prefiere casar con un príncipe ruso.

Mientras dormita Dan Yack en la mesa de un cabaret, lo despierta en torno una conversación de tres rusos que lo nombran, acusándolo de egoísta. Se preocupan de no tener dinero y de no poder viajar. Son un escultor campesino, un músico de origen francés y un poeta judío. El inglés Dan Yack los provoca con su fortuna, su fama y sus dispendios. Dan Yack reacciona y les habla. Díceles que pueden ir en su compañía a las islas australes, donde hay rosarios de ballenas y cachalotes. Todo correrá por cuenta suya. Los tres bohemios aceptan y he aquí a Dan Yack en camino de la vecindad del Polo Sur.

Invierno en el Polo Sur con una sola noche negra como la pez y un frío que engranuja la piel. Cuatro

hombres y un perro hacen su vida, o, para ser más exactos, su propia muerte. O agonía. Da lo mismo en esa latitud. Ahí comienza una serie de aventuras interiores en que Cendrars abunda en recursos absurdos, en gracias violentas, en toda suerte de temas lunáticos. Dan Yack se preocupa de saber la hora, porque ha perdido el reloj. Teme también que se rompa su monóculo, y a la vez, vigila su castidad, especie de cronómetro de cuerda larguísima en tan sugestivo personaje británico. El poeta se enferma gravemente de escorbuto; el escultor esculpe en el hielo el monóculo del inglés; y el músico, zarandeado por un mal, intenta—rabioso—hacer una sinfonía.

Así pasan los días y tornan a ver el sol. Los compañeros de Dan Yack han sido vencidos por el tiempo perrruno. Este se pasea de smoking cuando lo encuentra el navío liberador.

Todo sucede con una desproporción que corresponde a un temperamento modernísimo, dinámico y que teme aburrir.

Después sigue la vida de Dan Yack entre los patagones, concertando tratos para la competencia con rivales en la pesca de ballenas. Constituía una nueva sociedad parte a Puerto Decepción y se convierte en un «pioneer» de la industria ballenera, haciéndose cargo completo del negocio y de sus ramificaciones. Es curiosa la llegada de un socio, que se ha casado. La aparición de una mujer provoca una furia matrimonial, y sesenta pescadores desertan para buscar hembras en otra parte.

La amiga de Dan Yack no le es-

cribe y éste mata su abulia cazando focas para extraer aceite. Dan Yack piensa que pueden utilizarlo las criaturas que nacerán de las muchas bodas promovidas por la aparición de la recién casada. Así siguen sucediendo cosas cinematográficas, amenas y recargadas de absurdo.

Cendrars no cree en lo absurdo y dibuja asuntos con una calma inmensa. El ámbito de sus novelas se puebla de seres raros, de transeuntes alcohólicos, de hombres aburridos, de mujeres anormales, de almas cansadas, de aventureros infatigables, de esforzados cazadores de paisajes. Dan Yack no tiene más ley que dejarse mover por el azar. Su vida está cargada de hastío, pero este se torna dinámico y lleva a su protagonista a realizar extrañas proezas en latitudes divergentes.

Sin embargo, cabe pensar si todo Dan Yack es absurdo. Cendrars sabe dar realidad a muchas escenas y Dan Yack se mueve. Sus músculos cobran tensión de alas y su corazón palpita con fuerza novísima con algo de máquina acerada.

Lo que en otro sería una abstracción monstruosa, una verdadera entelequia, en manos de Blaise Cendrars cobra un relieve y un interés directo. Los compañeros de Dan Yack tienen una animación rara. A veces semejan figuras del Museo Grevin, se duermen y quedan tiesos como esculturas de cansancio. Después se animan, cobran un soplo furibundo de vida y saltan movidos por los resortes personales que maneja el novelista. El tiempo nuevo, con su difusión y sus contraposiciones, aparece grávido de sentido en Blaise

Cendrars. Sus contradicciones temerarias; su mezcla de cansancio y dinamismo; la aceleración y la neurastenia; el deseo de inmortalidad y la limitación; todo el coro de voces contrarias y de vientos chocantes se revuelven en esta verdadera sinfonía de la época actual. Esos hombres y algunos animales que coloca Cendrars como viñetas exóticas viven habitualmente en un plano oscuro y silencioso que de repente se cambia. Entonces todos salen a primer término, gritan, saltan y viven con premura y relieve propio.

Cendrars es amoral. Sus tipos sienten la voz del instinto y, en esto, proceden casi de un modo mecánico. El detalle geográfico sale poco respetado, por más que Cendrars viaja mucho y conoce la zona austral.

Véase esta pintura de Ancud en las Páginas 174-75 de *Les Confessions de Dan Yack*:

A Chiloé, dans les collines de San-Carlos, les oiseaux me donnaient de merveilleuses rhapsodies. Cela durerait deux bonnes heures pour s'arrêter régulièrement juste comme le jour paraissait. Le philetton à cravate, qui est l'oiseau paille-en-queue, le *toui-toui* des indigènes, fait alors jaillir de sa gorge, éparpille, égrène des milliers de reculades rapides, souples, trillées, sonores, le *kaou-kaou-pá*, la grosse palombe roucoule à contre-basse, la pie de mer, l'oiseau moqueur, le perroquet Nestor jubilent et l'oiseau à sonnette fait retentir son *tin-tin-tin* pareil à celui d'un triangle.

El ritmo agradable de la prosa de Cendrars pierde toda su eficacia en ciertos instantes en que se mete en torpezas y groserías de índole natu-

ralista. Cendrars no tiene preocupaciones de paisajes ni de costumbres, pero cede—sin embargo—a la tentación de relatarnos alguna intimidad de unos patagones que sólo han poblado sus noches de fiebre.

Ahí detona este hombre tan insensible ante las maravillas de un océano, constelado de islas y de pájaros.

Cuando Cendrars recobra el ritmo de su estilo todo se vuelve agrado. El período se cincela y asume un tono vital. Conciso y directo no se parece a nadie, pero se acerca al universalismo sin tener los defectos de un contacto directo con otras prosas.

Todo el tiempo notamos su trato creciente con el cine, tanto en su técnica como en los recursos sin esperados a que acude para saturar de novedad las situaciones. La literatura de Cendrars se influencia y se daña con el cinema. En otros casos el cinema se intoxica de literatura.

La visión movible y super rápida de estas dos novelas es visiblemente una consecuencia del «cinematismo» o «cinemismo» de que están impregnadas las letras actuales. Casos como *El puente de San Luis Rey* de Thornton Wilder, *Manhattan Transfer* de John dos Passos y *City Block* de Waldo Frank hablan con elocuencia de tal interpolación de recursos «cineastas» en la literatura.

Baste decir que Cendrars es autor de un manual: *L' A B C du cinema* y que su reciente libro fué dedicado a Abel Gance.

Con más vastos recursos y procedimientos, con más humanidad, con

menos efectismo Cendrars llegaría a ser un definido intérprete de nuestro tiempo. Lo dañan su oportunismo, su precipitación, su carencia de moral artística. Dice que «todas las filosofías no valen lo que una buena noche de amor». Su destino movedido, su amor a las tabernas, su fe ciega en ese azar, «que lo deja moverse», son quizá las causas de que no realice una obra perfecta. Es de sentirlo por las letras. Sus magníficas dotes artísticas suelen ser vendidas por sus olímpicos defectos, muy siglo XX y muy eternos (1).—Ricardo A. Latcham.

---

(1) Con posterioridad a la redacción de este artículo, visitamos por una temporada la Isla de Chiloé. Como resultado de tal viaje comprobamos que Cendrars estuvo realmente en esta pintoresca región. Las pocas personas entendidas en letras que allí viven se dieron cuenta de que el novelista francés se detuvo, acompañado de su esposa, en la ciudad de Ancud.

Nuestros informantes agregaron una referencia sabrosa, que consignamos a guisa de curiosidad y dejando su responsabilidad a los isleños. Mientras el novelista se detenía más de lo necesario en las deliciosas tabernas de los poblachos y vivía horas de ensueño... alcohólico, su esposa internábase por campos y aldeas en busca del dato ameno, de la referencia con color local.

Una profesora muy culta recordaba a Cendrars y nos refirió varias de sus genialidades. Por otra parte, en Europa y por intermedio de gente que conoce la intimidad del autor de las *Confesiones de Dan Yack*, supimos que tales aficiones son habituales a su carácter.—R. A. L.